

## VIII.

## EL FUEGO DEL CIELO.

Otro año ha transcurrido. Durante este año, el panteon de los Garcés ha visto aumentarse con uno mas el número de sus cadáveres. Don Alonso ha ido á reunirse con su esposa.

Blanca ha quedado huérfana, sola y triste. Su padre ha muerto bendiciéndola y encargándola su pronto enlace con el conde de Monforte. Pobre padre!

No ha tardado en presentarse el de Monforte á pedir el cumplimiento de ese deseo escapado á los labios del moribundo anciano. Entonces Blanca se lo ha dicho todo, sus primeros años pasados al lado de Ramiro, su amor aprobado por su madre, sus juramentos, su compromiso, en fin todo.

El conde ha dejado aparecer una sonrisa sarcástica, sonrisa que ha hecho estremecer á Blanca.

— Quiero esperar un año, — ha dicho la jóven, — un año de luto.

— Y si en este año no se presenta Ramiro, sereis mia?

— Veremos.

Blanca no ha querido participarle resuelta y repentinamente su decision. Ha temido la venganza del conde.

Cortés y galan, el de Monforte ha ido casi todos los dias á visitar á la huérfana, pero nunca mas la ha vuelto á hablar de amor. El caballero ha cambiado de táctica.

Un dia se presenta triste y abatido; su rostro indica que es mensajero de desgracia.

— Noble Blanca, — dice el conde, — he recibido nuevas de vuestro fiel caballero, de vuestro constante Ramiro. No era de estrañar por cierto el retraso de su vuelta.

— Qué quereis decir? — esclama sobresaltada la jóven.

El de Monforte, sin contestar una sola palabra, deja sobre un taburete un pergamino arrollado del que pende un sello de plomo en que se ven grabadas unas armas *cimadas* de un sombrero episcopal, y parte.

Apenas ha salido de la estancia, cuando la huérfana coje el pergamino, lo abre y lo recorre ávidamente con la vista. Su curiosidad queda sin embargo burlada. El pergamino está escrito en latin y nada puede comprender.

Al instante envia á buscar al capellan de su castillo para que se lo descifre.

Que golpe para Blanca! Es una certificacion en debida forma en que el arzobispo de París espresa que en la catedral de aquella ciudad ha desposado él mismo á Ramiro Garcés, caballero navarro, con Isabel de Fontenay, jóven heredera de una de las primeras casas de Francia.

Al escuchar tan terrible revelacion, la pobre Blanca cae desmayada. Cuando torna en sí, su resolucion está tomada. Entrará en el claustro.

Sin embargo, el documento que se acababa de enseñar á la huérfana era falso. Ramiro gemia encerrado en una torre del castillo de Monforte desde la noche del panteon. Allí le tenia el implacable conde, cautivo y prisionero.

Aunque Blanca siente algo en su corazon que le dice no ser infiel Ramiro, no obstante, cómo dudar de un escrito en el que se vé la firma del arzobispo y en el que no se echa á faltar uno solo de los requisitos necesarios para su validez?...

La jóven acaba de darle crédito, por desterrar de su corazon todo sentimiento en favor del ingrato compañero de su infancia.

Pero no por eso triunfará el de Monforte, no por eso cederá la huérfana ni á su amor ni á sus importunas exigencias. De Ramiro ó del claustro, ha dicho en una noche de entusiasmo y de ternura. Pues bien; será del claustro.

Abandonará el mundo que nada la ofrece mas que amargura y desencanto, se sepultará en una celda á rezar y á llorar, será la esposa de Dios.

Una mañana llegó el de Monforte al pié del castillo de los de Garcés. Abriáanse sus puertas para dar paso á Gerardo el escudero que divisa al conde y se dirige hácia él.

— Buscáis á mi noble dama?

— Sí, — contesta el de Monforte.

— Sé ha ausentado.

- Ella!... y donde está?  
 —Ay! lejos, muy lejos!  
 —Iré á buscarla.  
 —Es imposible.  
 —Porqué?  
 —No se vuelve de allí donde ha ido.  
 —Me haces estremecer, Gerardo! Estaría muerta?  
 —Para el mundo sí.  
 —Para el mundo!  
 —Es la esposa de Dios.

El de Monforte ha quedado anonadado. La noche que asistiera en el panteon á la escena de los dos amantes, oyera, es verdad, á Blanca decirle á Ramiro: *Tuya ó del claustro!* pero había creído que la infidelidad del trovador seria bastante eficaz para que en un instante de despecho la huérfana se vengara dejando caer su mano entre las del apasionado conde.

Las últimas palabras del escudero han penetrado como un hierro agudo en su corazon. Ve escaparse la presa que creia ya segura y lanza el rugido de la hiena. Blanca ha de ser suya, lo ha jurado..... No sabe cómo ni de qué modo, pero aun cuando se opongan el cielo y el infierno, Blanca será suya.

Monforte regresa á su castillo meditando terribles planes de venganza y pasa muchos dias coordinando sus terribles proyectos que necesitan solo una ocasion propicia para verse cumplidos.

En tanto, las horas transcurren monótonas y tristes para la pobre Blanca que en el silencio y recogimiento de su celda ruega sin cesar á Dios que apague la última centella de amor que todavía siente bullir en su alma. La infeliz huérfana quisiera desprenderse de todos los lazos que la unen al mundo para no pensar mas que en Dios. Esposa del Señor, el amor divino debe ser de ahí en adelante su único refugio: en él debe hallar el olvido del pasado. Ya, entre Blanca y el mundo, hay un abismo.

Una noche que la bella noviciase hallaba rezando en su celda humedeciendo con lágrimas su devocionario, se sintió de repente cojida entre los robustos brazos de dos enmascarados que con un lienzo que apretaron á sus labios ahogaron el grito en que iba á prerrumpir.

Pocos instantes despues era conducida en una litera al mismo castillo donde gemia Ramiro, que, privado de comunicacion, nada sabia de su amada desde su entrevista en la mansion de los sepulcros.



Al rayo del amor.

—Ella!... y donde está?

—Ay! lejos, muy lejos!

—Iré á buscarla.

—Es imposible.

—Porqué?

—No se vuelve de allí donde ha ido.

—No haces esfuerzos, querido! Estaría muerta?

—Para el momento.

—Para el momento.

—Es la capucha.

El de Nivola, en su momento de desesperación, la noche que asistiera en el panteón á la exhumación de los dos amantes, se acordó, es verdad, á Blanca decirle á Ramiro que se había ido; pero había creído que la infidelidad del trovador sería bastante eficaz para que en un instante de despecho la huérfana se desgajara dejando caer su mano entre las del apasionado conde.

Las últimas palabras del caballero han penetrado como un hierro agudo en su corazón. Ve escaparse la presa que creía su esposa y lanza el rugido de la hiena. Blanca ha de ser suya, lo ha pensado. No sabe cómo ni de qué modo, pero aun cuando se opongan el cielo y el infierno, Blanca será suya.

Monforte regresa á su castillo meditando terribles planes de venganza y pasa muchos días combinando sus terribles proyectos que necesitan solo una ocasion propicia para verse cumplidos.

En tanto, las horas transcurren monótonas y tristes para la pobre Blanca que en el silencio y recogimiento de su celda ruega sin cesar á Dios que apague la última centella de amor que todavía siente bullir en su alma. La infeliz huérfana quisiera desprenderse de todos los lazos que la unen al mundo pero no pensar mas que en Dios. En Dios, el Señor, el amor divino debe ser de ahora en adelante su único refugio; en él debe hallar el olvido del pasado. Ya, entre Blanca y el mundo, hay un abismo.

Una noche que la bella noviciata estaba rezando en su celda humedeciendo con lágrimas su devocionario, se sintió de repente cojida entre los robustos brazos de dos enmascarados que con un lienzo que apretaron á sus labios ahogaron el grito en que iba á prerrumpir.

Pocos instantes despues era conducida en una litera al mismo castillo donde gemia Ramiro, que, privado de comunicacion, nada sabia de su amada desde su entrevista en la mansión de los sepulcros.



*El cogido del castillo.*

La novicia es encerrada en una estancia del castillo donde no tarda en presentarse el de Monforte.

— Ah! — esclama la huérfana al verle, — ya yo me lo esperaba. Qué otro podía haber tan audaz y tan impío para osar arrancar á una virgen del Señor de la casa de su divino Esposo? Digna hazaña de un Monforte ha sido esa arriesgada empresa!

— Blanca! — dice amorosamente el conde dando un paso hácia adelante.

— Atrás! — No os acerqueis — grita la jóven. — Me causa horror vuestra presencia, robador de vírgenes!

— Blanca, podeis vos aborrecerme, pero yo os amo como un insensato. A todo osaré para alcanzar vuestro cariño.

— Antes moriré mil veces. Menos me espanta la muerte que vuestra odiosa pasion. Yo soy la esposa de Dios, tengo confianza en él, y en él espero.

— Pues largo tiempo podeis esperar. Sois por de pronto mi prisionera y... oidlo bien... jamás saldreis de esta estancia como no sea para ser mi esposa.

— Nunca!

— Reflexionadlo.

— Nunca!

El conde ha salido. Blanca se postra de rodillas é implora en tan apurado trance el auxilio de Dios.

Acababa de declararse una furiosa tormenta en el instante en que el conde de Monforte salia á caballo de su castillo. El viento sopla con furia bajo las bóvedas de aquel edificio, la luz del dia se oscurece, el cielo se cubre de espesas nubes, terribles y amenazadoras, que llevan en sus entrañas el rayo. Todo tiembla ante el desórden de los elementos; el viejo castillo parece estremecerse en sus bases.

El agua que cae á torrentes hace bajar impetuosos rios de la montaña que se precipitan en el valle con un estrépito terrible. Óyese el crujido de los centenarios árboles que caen al sopro destructor de la borrasca, los rayos se desprenden serpenteadores de las nubes y cruzan el espacio acompañados de su horrible estampido. Convulsa la naturaleza, diríase que tiene un momento de espantoso delirio. Todo es horror, todo destruccion, todo muerte.

Seria que hubiese llegado el fin de los siglos? Seria que las trompetas del Señor anunciarían su última hora al mundo?

Blanca lo teme, sobrecogida de espanto en el fondo de su estancia. Monforte, que habia ya dado algunos pasos fuera del castillo, retrocede y nuevamente se acoje á él.

No bien acaba de atravesar el foso, cuando un rayo se desprende de las nubes, cae sobre la puerta principal y no solo derriba dos almenas, sino que prende fuego al edificio.

Quién puede bastar á describir la escena de horror que tuvo lugar entonces, en medio de los desencadenados elementos, en medio del espantoso cuadro de la naturaleza?

Monforte al frente de sus hombres de armas, hace los mayores esfuerzos para apagar el fuego que va tomando un terrible incremento.

Blanca sorprendida en medio de un rezo por el resplandor del incendio, se asoma á una enrejada ventana.

— Pérfido caballero, — gritó al conde que está rodeado de un mar de llamas tratando de cortar sus progresos, — el fuego del cielo devora la casa del perjuro. Anatema sobre la frente del impío!

La voz de la bella novicia ha sonado cual un eco de muerte á los oídos de Monforte. Aquella voz que parece haber salido de entre las llamas, como un aviso del cielo, como la maldición del Eterno, ha penetrado terrible en el corazón del raptor que tiembla y vacila por vez primera en su vida.

En esto una enorme viga abrasada se desprende del techo y cayendo sobre el conde le hiere mortalmente.

Sus hombres de armas se precipitan, arrancan al caballero de entre el incendio y lo transportan á su lecho sin sentido.

Al cabo de tres horas de esfuerzos desesperados, consiguen hacerse dueños del fuego. El peligro ha desaparecido pero el conde está en su agonía.

Bien pronto sonará por él la campana fúnebre del monasterio. El impío ha caído pulverizado por el fuego celeste.

En su lecho de muerte, para alcanzar el perdón de Dios, Monforte había mandado que se diese libertad á Blanca y á Ramiro.

Los dos amantes se habían arrojado en brazos uno de otro.

Pero, ay! la huérfana pertenece ya al Señor y no consiente jamás en casarse por no romper los santos votos que, aunque no formalizados anteriormente, había ya pronunciado en su corazón.

Tornó pues á su monasterio después de la muerte del conde.

En cuanto á Ramiro, no habiendo ya nada para él en el mundo sin el amor del ángel del castillo, vistió el tosco sayal del penitente y fué en pere-

grinación á Jerusalem de donde, como hemos ya visto, pasó á reunirse con el anacoreta del Carmelo y á vivir religioso entre las solitarias breñas del monte de los Eliotas.

## IX.

### DEMOS UN PASEO POR EL DESIERTO.

Por fin hemos llegado: vamos á ocuparnos del monasterio cuyo nombre vá al frente de estos capítulos.

Está situado en los montes que separan á Benicasim de la Poble y el lugar delicioso en que se eleva se presenta al viajero á modo de anfiteatro con sus picachos llamados *Agujas de Santa Agueda*, *Ermida del hermano Bartolo*, *Montevideo*, *Monte Sion*, y el castillo de *Montornés*.

Un escritor viajero que posterior á nosotros ha penetrado en aquellas soledades, ha hecho del lugar á que nos referimos una descripción bastante exacta para que, contando con su permiso, nos tomemos la libertad de trasladar aquí algunos párrafos de su bello escrito.

«Apenas habíamos dejado á nuestra espalda, — dice el viajero á que nos referimos, — la cruz que sirve como de término á la heredad de aquellos padres, hirió nuestros oídos el lejano sonido de una campana que llamaba á los habitantes de las masías del contorno, y á los que como nosotros se dirigían á aquel sitio, á la participación del sacrificio de la misa.

«Instintivamente torcimos el camino, y guiados por la voz de bronce que sin cesar sonaba, fuímonos acercando, y siempre en una ascension difícil, que nos impedía distinguir el punto de la reunion religiosa, hasta que traspuesto un espeso matorral que cubre la cima del empinado monte llamado de Sion por los cenobitas, vimos acercarse por una senda horizontal á nuestra